

TRES POEMAS INÉDITOS DE LA «MEDEA» DE UNAMUNO

«Three Unpublished Poems from Unamuno's «Medea»

Laureano ROBLES CARCEDO

Fecha de aceptación definitiva: junio de 1999

RESUMEN: Unamuno tradujo la *Medea* de Séneca a petición del Gobierno español; traducción terminada a primeros de mayo de 1933. La hizo para la inauguración del Teatro romano de Mérida y la pusieron en escena, el 18 de junio de aquel año, Enrique Borrás y Margarita Xirgu. Unamuno compuso luego en verso los Coros para que Oscar Esplá les pusiera música. Pero no llegó a tiempo para representarse. Aunque la traducción de Unamuno no se publicaría hasta 1954, los versos han permanecido inéditos hasta hoy.

Palabras clave: Séneca, Teatro, Medea.

ABSTRACT: Unamuno translated Seneca's *Medea* at the request of the Spanish government; the translation was completed at the beginning of May 1933. It was done for the opening of the Roman Theatre in Merida, and it was staged on 18 June of that year by Enrique Borrás and Margarita Xirgu. Unamuno then wrote the Chorus parts in verse for Oscar Esplá to put them to music. But this did not arrive in time for the staging. Unamuno's translation was eventually published in 1954, but the verses for the Chorus have remained unpublished until today.

Key words: Séneca Theatre, Medea.

Poco, se ha escrito, y menos se ha dicho, sobre esta obra del cordobés Séneca, traducida al castellano por Miguel de Unamuno. Gracias a su epistolario puedo apostar algunos datos hasta hoy desconocidos.

Por un texto de Cipriano Rivas Cherif, del 11 de septiembre de 1934, sabemos que la obra de Séneca fue traducida por Miguel de Unamuno a petición de aquél: «A mi iniciativa se debe la magnífica traducción de esa *Medea* de Séneca»¹.

1. Salamanca, Casa Museo de Unamuno (en adelante:CMU), R.2,2 lo 3-105, 12h.; texto editado por mí: «Unamuno y Azaña: cartas y documentos, Introducción y notas críticas», en *Revista de Extremadura* (Cáceres), nº 20, mayo-agosto 1996, pp. 129-132.

La traducción de *Medea* estaba terminada en los primeros días de mayo de 1933. El 4 de mayo le decía Unamuno en carta a Mathilde Pomes:

«Hoy voy a Toledo, donde están Borrás y la Xirgu, a leerles mi traducción de la *Medea* de Séneca —sin cortes ni glosas— que me encargaron. Cosas del ministerio. Ha sido uno de mis mayores esfuerzos de romanceamiento del catón senequenista. Mejor traducir del griego, que es siempre más claro que el latín y no tiene para nosotros el pelligro de éste, que no es traducirlo, sino dejar sus palabras mismas, las que nos han venido por la corriente culta. Ese pobrísimo —iba a caer, en decir, voy a decir, estoy diciendo, etc,etc—. No sabe usted lo que me costó resolver esto: *Moriere-Cupio* así: «Has de morir». «Y de gana». «Lo deseo» habría sido una vaciedad².

La idea de representar en castellano la obra de Séneca, para inaugurar la recuperación del teatro romano de Mérida, dirigida por los arqueólogos José Ramón Mérida y Maximiliano Macías, fue debida, por tanto, a C.R. Cherif, director de TEA. En la carta Unamuno deja caer, como quien no dice nada: «Cosa del ministerio». El periodista de *El Adelanto* de Salamanca, R. Aguirre, puntualizará que, gracias a un Ministerio de la República, «de aguda sensibilidad», se debe el que patrocinase el empeño y la subvención de la obra³. Así pues, *Medea* fue expresamente traducida por Unamuno para ser interpretada por Margarita Xirgu y Enrique Borrás.

El 18 de junio de 1933 se puso por primera vez en escena en el Teatro Romano de Mérida. En la Casa Museo de Unamuno, de la Universidad de Salamanca, se guarda el original autógrafo⁴ y una copia mecanográfica⁵.

La representación fue todo un éxito y un acontecimiento artístico.

El propio Unamuno, contento de su obra, publicaba en el periódico madrileño *Abora*, el 22 de junio, un artículo titulado «Séneca, en Mérida»; artículo en el que puede leerse: «La desenterré de un latín barroco para ponerla, sin cortes ni glosas, en prosa de paladino romance castellano, lo que ha sido también restaurar ruinas⁶...».

El 4 de septiembre de 1934, C.R. Cherif escribía a Unamuno desde Mérida «*Medea*, la daremos en Mérida, repetida, el viernes 7, y el martes 11 en Salamanca, en la Plaza de Anaya⁷».

2. Trabajo en el *epistolario* de Unamuno, con más de dos mil cartas ya recuperadas y que forman mi archivo particular.

3. *El Adelanto* (Salamanca), 6-IX-1933.

4. Salamanca, CMU., caja 1/48 (olim.:111135), 22h., 47 lins., 152x208 mm.

5. Salamanca, CMU., caja 633 (olim.:11217), 24h., 35 lins., 210x320 mm.

6. E-I, 698.

7. Salamanca, CMU., R.2,103-105; cf. L. ROBLES: *Unamuno y Azaña*, p. 94. En la carta que escribe José Prat, secretario del Ateneo de Madrid (9-VI-1934) notificando a Unamuno que la Junta Directiva le eligió el día 8. Presidente del Ateneo madrileño, se lee a lápiz: «Salamanca a Plasencia 129; a Trujillo 81=210; Trujillo a Majadas 35=245; a Mérida 50=295». Es el coste del viaje (Salamanca, CUU; p. 4, 75).

Los tres poemas inéditos

Como queda dicho, la traducción de la *Medea* fue hecha por Unamuno para ser interpretada. Las ediciones vinieron luego. Unamuno se resistió en vida a que le publicasen sus piezas teatrales. Hasta 1954, que yo sepa, no se publicó la *Medea*. Lo hizo por primera vez Manuel García Blánco⁸ que volvió a hacerlo en 1959⁹. Desde entonces viene siéndolo en las sucesivas ediciones de las obras de Unamuno. Pero en todas ellas faltan los tres textos que hoy se publican, cuyos originales se conservan en la CAM de Alicante, Fondo Oscar Esplá¹⁰; aparte de una copia mecanografiada de la pieza entera¹¹.

En una carta de Oscar Esplá a Unamuno, del 30 de septiembre de 1934, leemos:

Oscar Esplá
Teléfono, 51444
O'Donnell 7
MADRID

Font del Moli
Benimantell (Alicante) 30. Sep. 1934

Sr. D.Miguel de Unamuno

Salamanca

Mi admirado y querido amigo: Tarde le llega la enhorabuena de este músico. Felicitación tardía y de poco valor, como la ofrenda del hermanito pobre que llega siempre el último, en los cuentos de hadas.

Pero como va de buena fe, se le llena luego la vida de felicidad. Yo no aspiro a tanto; con que crea V. en la sinceridad de mi devoción y de mi amistad me daré por satisfecho y me perdonaré el retraso.

Quiero que oiga V. cuando haya ocasión, en Madrid, la música que hice para sus versos de *Medea*. Como no llegué a tiempo (siempre llego tarde) de la representación, voy a aprovechar el trabajo para una obra sinfónica en coros, si V. no tiene inconveniente en autorizar la audición, con mi música, de sus versos.

Muy efusivamente estrecha su mano

Su affmo.

Oscar Esplá¹²

8. *Teatro: Fedra, Soledad, Raquel encadenada, Medea*. Edición, prólogo y nota bibliográfica de MANUEL GARCÍA BLANCO. Barcelona, Editorial Juventud, S.A., 1954, 224 pp.

9. *Teatro completo*. Prólogo, edición y notas bibliográficas de MIGUEL GARCÍA BLANCO, con veintinueve ilustraciones. Madrid, Aguilar, S.A., 1959, 1202 pp.

10. Alicante, CAM., FONDO OSCAR ESPLÁ, 0. 0.6, 150x210 mm.

11. Alicante, CAM., FONDO OSCAR ESPLÁ, 0.0.4: *Medea*. Tragedia de Lucio Aneo Séneca, traducida, sin cortes ni glosas, del verso latino a prosa castellana por Miguel de Unamuno. 5 cuadernillos, 180 x 218 mm; escrita a máquina, 21 lins., I, 8 pp.; II, 13 pp.; III, 15 pp.; IV, 10 pp.; V, 8 pp.

12. Salamanca, CMU., E. 2,17.

El 29 de septiembre de aquel año —como es sabido— se jubiló Unamuno al cumplir los setenta años y la Nación le homenajeó nombrándole ciudadano de honor de la República.

Cabe pensar, a tenor de la carta de Oscar Esplá, que se le pidió a éste pusiera música a los tres textos poéticos que editamos. Unamuno les dio forma poética par que Oscar Esplá pudiera componer su música; música que Oscar Esplá llegó a realizar, aunque no llegase a tiempo para ser interpretada en la representación que se hizo de la obra, tanto en Mérida el viernes 7 de septiembre de 1934, como el martes 11 en Salamanca, en la Plaza de Anaya.

A los historiadores de la música les toca ahora constatar si Oscar Esplá incorporó en alguna de sus piezas lo que compuso para estos tres textos hasta hoy inéditos.

En la edición reproducimos los fragmentos en prosa, tal como hoy aparecen en las obras de Unamuno, para que pueda apreciarse mejor la versificación de los mismos.

Laureano Robles
Universidad de Salamanca

< I >

ESCENA III

CORO

¡Qué por demás atrevido fué quien primero hendió los mares aviesos en tan quebradizo barquichuelo y, dejando a la espalda sus tierras, entregó la vida a los ligeros vientos, y al cortar con peligrosa carrera las olas pudo fiarse a leve leño, llevando por harto delgado sendero entre las vías de la vida y de la muerte! Ni conocían entomces los astros ni se servían de las estrellas que tachonan el firmamento; no podían las naves esquivar las constelaciones lluviosas, ni la de Cabra, ni la del Carro norteño a que sigue y endereza el viejo tardo Boyero, ni tenían nombre todavía ni la Tramontana ni el Lebeche. Tifis se atrevió a abrir lienzos con el mar mayor y a marcar nuevas leyes a los vientos; ya a desplegar las velas por todo el combés, ya a cojer de sesgo, al pie del palo, los vientos; ya a asegurar las entenas en medio del maste, ya a sujetarlas en lo más alto cuando ansioso el marino desea todos los soplos y en la punta de la arboladura tremola el rojo gallardete. Sencillos tiempos, lejos de todo engaño, vieron nuestros padres. Cada cual, sosegado, apegado a sus riberras, envejeciendo en el patrio terruño, acaudalado con poco, no sabía de más riquezas que de las que le daba el solar nativo.

El leño tesálico aunó comunidades de gentes muy separadas antes estre sí, sometió al piélagos a tener que sufrir los golpes del remo y a que formase parte del mundo un mar apartado. Pagó aquel desdichado leño graves penas; llevado por largos peligros entre dos montes, cierres del profundo, que gemían en torno con embestidas, y como con fragor airoso, mientras el mar prisio-

nero lanzaba nubes a las estrellas. Palideció el osado Tifis y dejó caer de su floja mano las riendas; hizo callar Orfeo a su lira embotada y el navío mismo perdió su voz. Pero, ¿qué? Cuando la doncella del Peloro siciliano, ceñido de sus rabiosos perros el vientre, les hacía ladrar a todos a la vez, ¿quién no se estremeció todo al oír semajante monstruoso ladrido? ¿Y qué, cuando las fieras bestias que con su voz brizaban al Mar Tirreno, al resonar la cítara tesalia de Orfeo casi se sintieron forzadas a seguirle, ellas, sirenas, que retenían a los navíos con sus cantares? ¿Cual fué el precio de aquella expedición? Un vellocino de oro y Medea, calamidad mayor que el mar, digno galardón de la primera nave. Ya no hace falta galeras fabricadas con arte, ni ínclito navío Argos dando remos a príncipes, ya cualquier barquichuelo recorre la alta mar; hase removido todo mojón, y han echado las ciudades muros en tierras nuevas. El orbe, pasadero todo él, nada deja en su lugar. Se abreva el indio en el helado Araxes; beben los persas en el Elba y en el Rin. Vendrá una edad, allá, en los tardíos años, en que el Océano ha de aflojar los ataderos de las cosas todas, se abrirá la ingente tierra, la mar destapará nuevos orbes y no será ya el fin de las tierras Tule.¹³

Coro del final del acto II

Qué atrevido quien primero
hendió los mares airados
en quebradiza barquilla
y a sus espaldas dejando
la tierra entregó su vida
a los vientos agitados!,
y al cortar con su carrera
las olas se dió confiado
a leve leño que se iba
por linderos estirados
entre sendas de la muerte
y de la vida llevado!
No conocían entonces
para servirse los astros
que tachonan en el cielo
el firmamento estrellado
ni las naves esquivaban
sinos, la Cabra y el Carro
a que signa y endereza
el viejo Boyero tardo
ni eran Bóreas y Céfiro
con propios nombres nombrados.

13. E-V, 838-9.

Tifis extendió sus lienzos
en medio del vasto océano
y señaló nuevas leyes
a los vientos desplegando
por todo el combés las velas
y recogió al pié del palo
soplos de sesgo y las vergas
en el mastil asegurando
hizo rojo gallardete
tremolar en lo más alto.
Sencillos tiempos aquellos
que libres de todo engaño
vivieron nuestros mayores
y cada cual sosegado
envejeció en las riberas
queridas del suelo patrio
rico con poco y de fuera
toda riqueza ignorando.
Juntó gentes separadas
el leño tesalio; el vasto
piélago sufrió los golpes
del remo y un apartado
mar se hizo parte del mundo.
Y pagó aquel desdichado
recia pena entre dos montes
que al ponto cierran cercado
donde brama prisionero
y nubes lanza a los astros.
Palideció entonces Tifis
soltó de su floja mano
las riendas, su lira Orfeo
acalló y su voz el barco.
Y que cuando la doncella
del Belero siciliano
ceñido el vientre de perros
rabiosos que iban ladrando
todos a la vez ¿quién era
a no estremecerse el ánimo
con semejante ladrido?
Quien soportó sosegada
cuando las bestias feroces
que iban con su voz brizando
al mar-tirreno y, que oyeron
la lira de Orfeo, al cabo
se sintieron ya forzadas

a seguirla por ensalmo
sirenas que retenían
a las naves con su canto?
¿Cuál fue de la expedición
el premio así arrebatado?
Un toisón de oro y Medea
Medea, que es mayor asco
que no el mar, merced bien digna
de aquella nave del hado.
Ya no hace falta galeras
de arte ni un ínclito Argos
que de remos a los príncipes
para poder escoltarlo;
cualquier barquichuelo surca
la mar, quedóse arrumbado
todo mojón, las ciudades
en tierras nuevas echaron
muros nuevos; todo el orbe
cabe cruzar; no ha quedado
en su lugar propio nada.
Bebe el indio del helado
Araxes, del Rín y el Elba
bebe el persa; va apuntando
edad que vendrá remota
allá en más tardíos años
en que ha de aflojar el mundo
de las cosas el océano
se ha de abrir la ingente tierra
y destapar nuevos ámbitos
la mar y que ya no sea
Tule el fin del campo humano.

< II >

ESCENA III

CORO

Ni pujanza de hoguera ni retorcidos dardos son tan de temer cuanto una mujer abandonada que arde en aborrecimiento y rencor.

Ni el ábrego nebuloso al traer las lluvias de invierno, ni el torrentoso Danubio cuando en avenida rompe las ataduras de los puentes y yerra vagando. Ni el Ródamo cuando empuja al mar de fondo; ni los que el Hemo funció

en raudales al derretirse en medio estío por el sol las nieves. Ciego es el fuego atizado por el rencor, que ni se cuida de enderezarse ni aguanta frenos. Sin miedo a la muerte ansía dar en derechura con las espaldas mismas. ¡Perdón, dioses, por favor! Viva seguro quien sujetó a la mar, aunque el señor del profundo arda en ganas de vengarse de los reinos de dicha. El mozo que olvidándose de la paterna rodera sacó de ésta el carro eterno lanzándolo por el espacio celeste hizo que sobre él mismo, loco, recayeran los fuegos. A ningún grande le retuvo la ruta trillada. Id, pues, por donde fueron, seguros, nuestros antepasados, sin romper violentamente, en lo ya consagrado, con las costumbres de las gentes. Quien empuñó los nobles remos de la osada nave y descuajó de su apretada sombra al Pelión; quien se metió en los escollos movedizos y tras de pasar hartos trabajos marinos echó la amarra en bárbaras riberas para retornar robador del oro, pagó con cruel muerte al haber profanado los derechos del mar. El mar provocado exige castigo. Tifis entre los primeros, domeñador del profundo, dejó el gobernalle a maestro lego, y muerto en remota playa, lejos de la patria, cubierto por vil túmulo, yace entre desconocidas sombras. La Aulida, por ende, avisada de la pérdida de su rey, retuvo en puertos de abrigo a las naves quejosas de quedarse sin zarpar. El hijo de la Musa del Canto, ante las cuerdas de cuya lira tañidas por la púa parábanse los torrentes y se callaban los vientos, y dejando sus cantos se le arrimaban los pájaros y le escoltaba la selva entera, yace esparcido por los campos tracios, mientras, triste, el Hebro se lleva su cabeza. Llegó a la conocida Estigia y al Tártaro para no volver más. Abatió Alcides a los hijos del Aquilón, mató al del padre Neptuno que solía tomar innumerables figuras. Y él mismo, apaciguadas mar y tierra, abiertas las regiones de Plutón sombrío, recostado vivo en el ardiente Eta, dió sus miembros a la cruel hoguera y se sonsumió en el humor del regalo de su nueva esposa. Un jabalí sañudo derribó de un colmillazo a Anceo. Mataste, Meleagro, impío, a los hermanos de tu madre para ir a morir a manos de ella. ¿Pero qué crimen pagó con su muerte aquel niño al que no pudo encontrar Hércules, aquel niño arrebatado, ¡ay!, por las calmosas ondas? Id, pues, bravos, a surcar la mar cuando es de temer un arroyo. A Idmón, aunque buen conocedor de los sinos, le devoró una serpiente en los arenales líbicos; Mopso, veraz para los otros todos, fué sólo para sí falaz, y murió fuera de Tebas; si vaticinó en verdad el porvenir, erró desterrado el marido de Tetis. Nauplio, que había de derrotar a los griegos con engaño de hogueras, cayó de bruces en el profundo: al morir Eleo en el mar, herido de rayo, recibió el castigo del crimen paterno; la mujer de Fereo dió la vida por su marido, redimiéndose así de su destino. Y aquel mismo que mandó traer en el primer navío la presa de oro, Pelías, cocido en candente calderón, ardió revolviéndose entre apretadas olas. ¡Basta, dioses, ya vengasteis a la mar! ¡Ahorrad al que se vió obligado!¹⁴

14. E-V, 846-7.

Coro del final del acto III

Ni retorcidos dardos
son tan de temer como
que en aborrecimiento
Ni ábrego nebuloso
ni el Danubio que rompe
ni el Ródano que empuja
ni los que el Hemo funde
cuando el Sol en verano
Ciego el fuego a que atiza
frenos y no se cuida
sin temor a la muerte
Perdón, dioses, que viva
quién sujetó al oceano
El mozo que olvidado
sacando de esta el carro
llamó sobre sí mismo
No hay grande que se atenga
Id, pues, por donde fueron
conservando que al mundo
El que empuñó los remos
al Pelión descuajando
y se metió en escillos
en salvajes riberas
encontrese en la muerte
que el mar si se le irrita
Tifis a maestro lego
remota sucumbiendo
yace bajo vil túmulo
Mas Aulís advertida
de abrigo a los navíos
El hijo de la Musa
con su lira torrentes
y hacía que las aves
yace en los campos tracios
y va en el Hebro triste
a la laguna Estigia
Alcides a los hijos
y al Padre Neptuno
Y luego, mar y tierra
y abiertas las regiones
del Eta recostado
y queda consumido

-ni de hoguera pujanza
-mujer abandonada
-y en encono se abrasa.
-que trae lluvias en carga
-los puentes cuando vaga
-a la mar asentada
-raudales y desata
-derrite las nevadas.
-el rencor que no aguanta
-de enderezar su marcha;
-se pechuga la espada.
-con vida sosegada
-que arde en crueles venganzas.
-de la paterna marca
-le dió a la desbandada
-del sol la dura llama.
-a la ruta trillada.
-nuestros padres, la traza
-la costumbre señala.
-de aquella nave osada
-de su sombra apretada
-para ir a echar la amarra
-a robar oro, paga
-ya que al mar profanara
-se cobra su soldada.
-dejó el timón y en playa
-muy lejos de su patria
-entre sombras extrañas.
-retuvo en ensenadas
-que zarpas ansiaban.
-del Canto que paraba
-y vientos acallaba
-rendida le escoltara
-carnes desparramadas
-su cabeza cunada
-y al Tártaro a la rastra.
-del Arquilón remota
-al de innúmerables caras.
-por fin apaciguadas
-de Plutón, en la brasas
-meje su carne a lavas
-en el don de su amada.

Un jabalí sañado
a Anceo; a Meleagro
a hermanos de su madre
Lo merecieron todos
el niño a que las ondas
sin que Hércules le encuentre?
lanzaos, si en arroyo
A Idmón, buen adivino
le devoró serpiente;
la verdad a los otros
murió fuera de Tebas;
el marido de Tetis;
con engaño de hogueras
de bruces al profundo;
Eleo fulminado
su mujer el destino.
traer el toisón de oro
en calderón Bullente
Basta, dioses, vengasteis
para el que fue obligado

-acabó a colmilladas
-impío que matara
-su madre es quien le mata.
-pero que crimen paga
-de un arroyo, arrebatan
-Bravos, a la mar brava
-puede tanta agua mansa.
-en las arenas de Africa
-Mopso, que revelaba
-sin para sí encontrarla
-y vagó en tierra extraña
-Nauplio, que derrotara
-a los griegos, se lanza
-su muerte en la mar halla
-y por Fereo cambia
-Y el mismo que mandara
-Pelías al fin se abrasa
-entre olas apretadas.
-ya a la mar; haya gracia
-a su remota hazaña.

< III >

ESCENA III

CORO

¿Adónde le arroja de cabeza a esta bacante su amor sañado?
¿Qué ferocidad prepara su imponente furia? Atizado de rencor se le arrece el rostro, sacúdense con fiera sacudida la cabeza y hasta amenaza al rey. ¿Quién la creería una condenada a destierro? Enciéndensele la mejillas; luego cede el rubor a la palidez. No hay color duradero en su rostro cambiante. Revuélvase de un lado a otro como una tigresa huérfana de sus crías recorre en furiosa carrera las selvas gangéticas. Así Medea, que no sabe refrenar ni sus rencores ni sus amores. Hicieron ahora en ella causa común amor y rencor. ¿Qué va seguirse? Marchada ya de los campos pelásgicos esta colca nefanda, ¿es que va a dejar en paz al reino y a los reyes? Suelta ahora, Sol, las riendas, de tu carro, cubra la próspera noche tu lumbre y que el lucero sumerja a este día temeroso.¹⁵

15. E-V, 851.

Coro del final del acto IV

¿A dónde de cabeza se arroja esta bacante
con su sañudo amor?
qué atrocidad prepara con su impotente furia
con su loco rencor?
Trae arrecido el rostro, sacude la cabeza
y al rey amenazó!
Y es esta la expulsada? cual le arden las mejillas!
mas pronto no quedó
en su mudable rostro, ya encendido, ya pálido
con fijeza un color.
Revuélvase en redondo cual tigresa a que el Ganges
las cifras le quitó
y en furiosa carrera recorriendo la selva
la siembra de terror.
Medea así no sabe de amores y rencores
refrenar el furor
que en ella han hecho causa común y se han juntado
el amor y el rencor.
Qué va a ser cuando, porta de los campos pelásgicos
esta colca, este horror?
dejará en paz al reino y a los reyes? tendremos
alivio de pasión?
Las riendas de tu carro suelta y que cubra próspera
noche tu lumbre, Sol,
y que el blando lucero nos sumerja este día
henchido de dolor!